

CÓMO Y POR QUÉ LA SEÑORA DUQUESA DE LAS
CARISTAS FUE DONDE NO PENSABA IR.

Un dia llegó una gran dama, con firme
seguridad, á llamar á la puerta del Pa-
raíso.
—¿Quién vá? dijo San Pedro, sacando la
cabeza por el postigo.
—Yo, dijo la gran Señora.
—Yo, dijo San Pedro; ¿quién es yo?
Todo el mundo se llama yo.
—Pues yo, ¿no me reconocéis?
—No os he visto nunca, dijo el Santo.
—Siempre había creído, contestó ella,
con un aire desdeñoso, que los bienaven-
turados, seguan con la vista, desde lo
alto del cielo, á los fieles servidores de

CÓMO Y POR QUÉ LA SEÑORA DUQUESA DE LAS
CARISTAS FUE DONDE NO PENSABA IR.

Un dia llegó una gran dama, con firme
seguridad, á llamar á la puerta del Pa-
raíso.

—¿Quién vá? dijo San Pedro, sacando la
cabeza por el postigo.

—Yo, dijo la gran Señora.

—Yo, dijo San Pedro; ¿quién es yo?
Todo el mundo se llama yo.

—Pues yo, ¿no me reconocéis?

—No os he visto nunca, dijo el Santo.

—Siempre había creído, contestó ella,
con un aire desdeñoso, que los bienaven-
turados, seguan con la vista, desde lo
alto del cielo, á los fieles servidores de

Dios en la tierra. Pero al menos mi nombre os es conocido: la Duquesa de las Caristas.

—De ningún modo, contestó San Pedro. ¿Qué deseáis de mí?

—¡Ah! Pues que me abrierais la puerta del Paraíso.

—Eso no depende de mí, respondió el Santo.

—¿Pues de quién? ¿No sois vos quien tenéis las llaves?

—Ciertamente, contestó San Pedro, y nadie más que yo. Pero no puedo abrir sin orden de Dios.

—Mucho me admira, dijo la dama, que no os haya dado datos míos. Sabreis no obstante que me habia llamado del mundo. Y es muy enojoso esperar.

—Voy á tomar sus órdenes, dijo San Pedro. Mientras tanto, entrad aquí. ¿Tenéis vuestros certificados?

—A la verdad más de los que me hacen falta, respondió la Duquesa. Ved aquí desde luego, un testimonio de mi cura párroco, de como he llenado fielmente los deberes de buena feligresa, y dado ejemplo en todo: asistiendo con regularidad á los divinos oficios, cumpliendo con mis devo-

ciones en las fiestas, dando para el sostenimiento de la Iglesia, y pidiendo para los pobres en los sermones de caridad predicados por oradores de nota. Ved aquí áun un certificado del presidente de la reunion filantrópica, atestiguando que jamás he faltado á un baile ni á un concierto dado en provecho de los necesitados. Ved aquí uno del Director, *Monitor* de las buenas obras, que justifica que mi nombre ha figurado siempre á la cabeza de las listas de suscripcion publicadas en su periódico. Ved aquí mi nombramiento de dama patrocinadora del Hospicio de los Huérfanos y del Refugio de los ancianos. Este es mi diploma de tesorera de la asociación de las Damas del Buen Pastor, para la conversion de las hijas extraviadas, y este otro, de presidenta de la Sociedad protectora de las sirvientas y la de las obreras, con objeto de mantenerlas en el buen camino.

—Basta, dijo San Pedro. Voy á poner todo esto á la presencia de Dios.

Y se alejaba, cuando creyó oír á la puerta como el ruido que haria álguien, que habiendo levantado el aldabon, no se atreviese á dejarle caer.

El Santo que, probablemente sabia por experiencia lo que significaba esto, tiró del cordón, y la puerta se abrió.

Una jóven, con los cabellos en desorden, estaba detenida en el umbral. Su rostro pálido expresaba un gran temor, y tenia los ojos bajos.

—Entrad, mujer, dijo San Pedro.

—No me atrevo, dijo ella.

—Entrad, replicó él. Esto no es el Paraiso, no es más que la ante cámara. No es más que el alojamiento del portero.

Toda confusa la jóven, entró.

La duquesa de las Caristas tenia un poco vuelta la cabeza y miraba por encima de su hombro. Cuando apercibió á la recién llegada:

—¡Ah! exclamó; ¡quitaos!

Y con un movimiento de desprecio y de disgusto, puso entre ella y la recién llegada la mayor distancia posible.

—¿Quién sois vos? mujer, dijo San Pedro.

—Una pecadora, respondió ella.

—Todos los hombres son pecadores, respondió el Santo. La excepcion es un milagro. ¿Y vuestro nombre, cuál es?

—Magdalena.

—¿Teneis certificados de buena conducta?

La jóven se callaba. La duquesa fue quien tomó la palabra.

—Gran San Pedro, dijo la caritativa dama, envid á esta criatura á donde debia estar desde hace mucho tiempo: su presencia mancha estos lugares. El único certificado que puede presentar, es el de comisaria de su cuartel, comprobando que estaba inscripta en los registros de una cofradia de muy mala fama.

—¿Es verdad? preguntó el Santo.

—Sí, murmuró ella, con una voz que apenas se entendia.

—Dios decidirá, respondió él.

De nuevo iba á alejarse, cuando un golpe moderado, pero firme, hizo otra vez resonar la puerta cerrada de la casilla. San Pedro la abrió, y una jóven, en la frente de la cual ya parecia inflamarse la aureola de los Santos, entró con un paso noble y ligero. Saludó respetuosamente á aquel á quien Dios ha confiado las llaves del cielo, y apercibiendo á Magdalena, dió un grito de alegria, se arrojó hácia ella y la estrechó contra su corazón.

—¡Qué! María, dijo la duquesa, que había reconocido á la recién llegada; vos, el modelo de nuestras jóvenes obreras, ¿conoceis y abrazais á semejante perdida?

—Si señora, respondió la joven, mirando con un aspecto severo á la duquesa de las Caristas, y no sois vos quien debéis reprocharme.

—María, mi bienaventurada hermana, dijo el Santo (pues en un signo que brilla en tu frente, veo que eres una de los nuestros), ¿qué significa esto?

—¿Debo decir todo? pregunto ella.

—Todo, contestó el Santo.

—¡Ah! bien, dijo ella; que juzgue Dios. Esta pobre Magdalena que veis aquí, trabajaba conmigo en un obrador decente pero donde ganaba muy poco, pues su padre había muerto, su madre enferma, sus hermanos pequeños y hermanas clamaban de hambre y ella era la única á trabajar para todos. Se la ofrecía entrar en otra casa donde ganaría más, pero donde su virtud estaba expuesta. Ella titubeaba. Fué á buscar á la Señora, presidenta de la sociedad protectora de las jóvenes obreras, y la expresó su situación. «Si os dignais, dijo ella, sufrir la di-

ferencia de salario, quedare donde estoy y como soy, y mi familia tendrá pan. Esto será una caridad doble.» Querida mía, respondió la duquesa de las Caristas, hay en el número de nuestras protegidas, veinte jóvenes en yuestro caso. Si tuviésemos que hacer con cada una lo que pedis para vos, eso me costaría á mi, personalmente, por lo ménos cincuenta francos al mes. Vos conoceis que eso es imposible. Vuestra virtud me es muy querida, vos lo sabeis, pero aún debe seros más querida á vos, y no hay sacrificios temporales que no esteis obligada á hacer para conservarla. Y la Señora de las Caristas, que tenia hoteles y castillos, caballos y coches, lacayos y criados, buena mesa y adornos suntuosos, y oro por todas partes, abandonó á Magdalena, deseándola valor.

Esta tuvo todo el que pudo. Pero la madre se moría, por falta de cuidados, y los niños por falta de alimento; ella al fin cedió. Entró en el obrador peligroso por ganar veinticinco céntimos más al día, y poco tiempo despues, ¡estaba perdida!

Escuchando esta relacion, la duquesa

habia querido reclamar; pero San Pedro la habia impuesto silencio.

—Tentada por malas inclinaciones, yo queria, prosiguió la jóven, imitar el ejemplo de Magdalena y seguirla á su nuevo obrador; pero ella hizo todo lo posible por disuadirme.

—«¡Permanece en el buen camino, por el nombre de Dios! me decia ella, ¡permanece, permanece honrada á toda costa!»

—Yo comprendí mi falta y la escuchaba. Ella, con intenciones puras en un principio, ha rodado de caida en caida. Ella ha pecado mucho pero Dios es bueno.

—Y es justo, añadió San Pedro. Voy á exponerle todo esto.

A los pocos momentos volvió.

—No he podido, dijo, hablar á Nuestro Señor, que estaba conferenciando con su Santa Madre. Pero me ha mandado á decir, que juzgue yo mismo segun las reglas que me ha dado.

¡Así, pues, Maria, alégrate! Te has detenido á tiempo en la pendiente donde querias decidirte y al precio de luchas gloriosas, has conservado la inocencia. ¡Sube! la corona de las Virgenes te espera.

Y tú Magdalena, añadió él, tú tambien dá gracias al cielo. En consideracion á los puros motivos que desde luego te han llevado sobre el borde del abismo, y de los esfuerzos que has hecho para impedir á Maria caer contigo, el Dios de misericordia se ha dignado, en tu última hora, concederte el arrepentimiento, y y ahora, por mi conducto te concede el perdón. Pero en el cielo no se entra con manchas.

—¡Oh! dijo ella, estremeciéndose de deseo; dejadme ir en seguida al lugar donde se lavan las manchas.

—Vete pues, Magdalena, dijo el Santo, y podrás volver pronto.

Y volviéndose hácia la duquesa azorada:

—Siento, dijo, deber deciros que, de un modo ó de otro, se paga aqui toda deuda. La de Maria con Magdalena, la misericordia de Dios la ha pagado, perdonando á la pecadora á quien la Santa debe su salvacion. La de Magdalena con Dios, la justicia divina exige que sea pagada por vos, que fuisteis la causa segunda de su pecado. Porque las buenas apariencias no bastan: gran nombre y grandes medios

imponen grandes deberes. En apariencia, lo habeis comprendido, y á juzgar por las obras meritorias á las cuales habeis asociado vuestro nombre; pero vuestra culpable negativa de asistir á una necesidad presente, de la cual dependia la salvacion de su alma, de una jóven que teniais la mision de proteger, y vuestra odiosa repulsion de ahora al ver esa alma, caida por vuestra falta, expulsada del cielo, todo demuestra que vuestra pretendida caridad no fué más que hipocresia y ostentacion. Señora duquesa de las Caristas, á pesar de vuestros buenos certificados, ó más bien por causa de ellos, pues ellos prueban mejor que nada, sabiais á lo que estábais atendida, la voluntad de Dios es que vayais, al sitio de Magdalena, al lugar á donde ahora queriais enviarla.

¿Cuál era este sitio? San Pedro no lo dijo; pero dijo muy claramente, ¡Ay! la consternacion de la caritativa dama, esto es, que no habiendo como manda el precepto divino, deseado á su prójimo lo que deseaba para si misma, estaba condenada á dirigirse allá donde, bien á la verdad, no pensaba ir.

imponen grandes deberes. En apariencia, lo habeis comprendido, y á juzgar por las obras meritorias á las cuales habeis asociado vuestro nombre; pero vuestra culpable negativa de asistir á una necesidad presente, de la cual dependia la salvacion de su alma, de una jóven que teniais la mision de proteger, y vuestra odiosa repulsion de ahora al ver esa alma, caida por vuestra falta, expulsada del cielo, todo demuestra que vuestra pretendida caridad no fué más que hipocresia y ostentacion. Señora duquesa de las Caristas, á pesar de vuestros buenos certificados, ó más bien por causa de ellos, pues ellos prueban mejor que nada, sabiais á lo que estábais atendida, la voluntad de Dios es que vayais, al sitio de Magdalena, al lugar á donde ahora queriais enviarla.

pe como el menigo patricio fué tratado como un grán señor.

Era un pobre viejo, muy viejo y muy pobre. Sobre los huesos, no tenia más que el pellejo, y sobre el pellejo andrajos.

Mas bien se arrastraba que andaba; habia llegado hasta la puerta del Paraiso, y no atreviéndose á llamar, arañaba, esperando llamar así la atencion de San Pedro.

El portero del Paraiso oia, en efecto, alguna cosa, pero distraido, y pensando quizás en su pequeña casa de pescador en los limites del lago de Galilea, se imaginaba, tan débil era el ruido, que era un raton que roia en un rincon de la cabaña.

Sin embargo, como el ruido continuaba, aunque el Santo agitó más de una vez sus grandes llaves para asustar á los ratones, se puso, impacientado, á buscar el animal, y como se acercase á la puerta, se apercibió que el ruido venia de afuera.

Abrió, y vió ante sí al pobre viejo.

Este, á la presencia del Santo, se habia á falta de quitarse el sombrero, encorvado tan profundamente como lo permitia su lomo raído y ya plegado en dos por la debilidad y por la edad.

Pero cuando habiéndose enderezado un poco, se atrevió á levantar timidamente los ojos hácia San Pedro, cual no fué su sorpresa en ver al bienaventurado con las manos cruzadas y casi prosternado ante él.

—¡Entrad, señor, entrad, decia el Santo!

Y con un gesto solícito y respetuoso, invitaba al pobre á atravesar el suelo del Paraiso.

—Entrad, pues, señor, replicó él.

—Os engaÑais, gran Santo, dijo el pobre viejo, no soy un señor, y no soy yo quien se atreveria á pedir la entrada ahí. No soy más que un mendigo que viene á solicitar

un pequeño socorro y el favor de quedar sobre este suelo.

—No, respondió San Pedro, no me engaÑo. Pedro no puede engaÑarse. Digaos entrar, señor, os lo suplico.

—Vuestro error me confunde, contestó el desgraciado. No soy, os lo juro, más que el viejo Patricio, y como he terminado mi tiempo en la tierra, me tomo la libertad de venir á implorar el derecho de sentarme á vuestra puerta; y la limosna de una corteza de pan.

—Veo perfectamente á quien tengo el honor de hablar, dijo San Pedro.

—Que vuestra señoria se llama Patricio, lo veo bien, pero lo que no puedo admitir, es que seais un pobre hombre.

—Sin embargo, es la verdad, objetó el anciano, mi aire lastimoso debe deciros bastante.

—Vuestro aire, señor, respondió San Pedro, es uno de los más nobles que he visto.

—¿Y qué, dijo el hombre, mi espalda encorvada, mi piel marchitada y tendido como un pergamino sobre mis huesos no revelan mi miseria? Pues entonces ved mis ropas, si ropas se pueden llamar

los miserables girones bajo los cuales estoy casi desnudo.

—Vuestro traje, señor, dijo el Santo, es magnífico y digno de vuestro rango. Os suplico otra vez, no permanezcáis más fuera.

—No puedo explicarme, dijo el hombre, lo que causa vuestra ilusión; pero puesto que no me creéis, permitidme que me retire.

—No puedo, respondió el bienaventurado; Jesucristo me reprocharía. Vuestro trono está preparado al lado del suyo.

—¡Mi trono! exclamó el pobre hombre! ¡Mi trono, y cerca de Jesucristo! Sino fuéis un santo del buen Dios, creería que os burlabais de mi.

—¡Burlarme de vos! exclamó San Pedro. ¡El cielo me preserve de esa irreverencia!

—Me volveis loco con vuestras palabras, dijo el pobre viejo. ¡Burlarse de mi, una irreverencia!

—Ciertamente, respondió San Pedro, podiais pensarlo. Si, no lo ignoro; en la tierra érais un pobre mendigo. Pero, por vuestra parte, ¿ignorais que la pobreza santamente soportada, se transforma en el

cielo en riqueza? Si, en la tierra, vuestros trajes no eran más que humildes harapos; pero ellos son aquí un manto real, puesto que han tenido la gloria de cubrir los miembros pacientes de Jesucristo. Y ahora, señor, basta de resistencia, os conocia bien, ya lo veis. Dejadme conducirlos cerca del divino Señor, que os espera.

Y el viejo mendigo Patricio, en lugar de la corteza de pan que habia venido á buscar, se vió obligado á seguir á San Pedro, é ir á sentarse en un trono en el banquete eterno de Jesucristo.